

LAS LECCIONES DEL MAESTRÍN

FLAVIO COCHO GIL

*A la memoria de nuestro amigo
Flavio Cocho Gil (1935-2013)*

El presente texto forma parte del polifacético *Caleidoscopio cultural*, tomo II, publicado de manera impresa durante 2011.

Dando seguimiento a las intenciones del autor, seguimos publicando en versiones electrónicas su obra, con la finalidad de ponerla a disposición de una buena cantidad de lectores.

Al pie de un limonero,
14 de mayo de 2014,
LOS EDITORES

LAS LECCIONES DEL MAESTRÍN

Día del Maestro. Celebración oficial. Medallita, palmada en la espalda, y tres altisonantes palabras. Y, ¡lo de siempre!... ¡Perdónenos usted!, pero ya no hay presupuesto, ni empleo. Y, si es anciano, la soledad, y el olvido... y como yo creo que a maestros y a ancianos hay que respetarlos y celebrarlos de bien distinta forma, pues escribí este cuento...

EL AUTOR

I. PRIMERA LECCIÓN

*Las cuatro cosas que viven,
¡las cuatro las quiero mucho!,
porque me gusta la vida,
viviendo yo y los demás,
también pensar y soñar,
y tener mis amiguitos,
que es un quererme yo mismo
a través de querer todos,
y amar la naturaleza...*

¡Bravo Juanito!, ¡magnífica labor!... Desarrollaste muy bien el tema de la última clase. ¿Hiciste algo más?

No, Maestrín... pos, pos después de ese verso que hice de la tarea que nos dejó, pos, ¡pos me cansé!, y me fui a jugar con mis amigos de allá de mi casa, ¡pero para la próxima hago más!... y, además... además, usted nos dijo, Maestrín, que como tarea sólo compusiéramos aquello que se nos ocurriera, que sintiéramos de verdad, ¡y pos eso fue lo que yo sentí decir!...

Bien, pero no descuides trabajar más, ¿eh?, ¡ficha!... Y, ¡después de todo!, también es importante jugar con un amiguito, es una forma de sentir haciendo, Juanito, el verso que escribiste... Pero, ¡a ver!, ¿quién ha hecho algo más, como Juanito?

Yo... yo, creo que yo, Maestrín...

El Maestrín, cansada ya la vista por los años, se ajusta sus vacilantes anteojos. Ahí, al fondo del salón, localiza a Luisita. Una niña espigada, delgadita, que se ha sonrojado al hablar. Se ve que es tímida, introvertida, ¡pero Luisita también ha trabajado, tiene su sensibilidad, y desea hablar!, aun si en su timidez teme hacerlo.

A ver, Luisita, ¿qué hiciste tú?... ¿un verso también?

Sí, Maestrín, ¿puedo decirlo...?

¡Claro!

*...Dice nuestro Maestrín
que los mitos y leyendas,
¡soñar con mil ilusiones!,
sólo son si las sentimos,
si somos la parte de ellas,
porque así creamos vida,
aun en la imaginación,
¡qué es también la realidad!
...Yo, por eso, Maestrín,
¡pos juego con mis muñecas!,
que allá en mi imaginación,
son mis amiguitos vivos...*

¿Y de qué hablas, Luisita, con esas muñecas amiguitas tuyas?

De muchas cosas, Maestrín... es como hablar con mí misma, sin tener miedo de hacerlo...

¡Pero, Luisita, si también Juanito, y tus otros compañeritos aquí son buenos amiguitos tuyos!, y con ellos, también, como dices, puedes hablar como con tí misma.

...Pos sí, pero, ¡yo quiero mucho a mis muñecas!...

Bueno, bueno, Luisita, está bien.

Dice esto el Maestrín limpiándose lentamente, con parsimonia, unos anteojos que, quizás, aun con mil graduaciones más, no le permitirían ver bien el cuerpo de los niños, ¡pero vaya que sí observar sus almas!

¿Quién hizo algo más?

¡Yo, yo, Maestrín!, ¡yo!...

La voz de un niño regordete, impulsivo, seguro de sí mismo, “echado para fuera”. No es tímido, lo que no quiere decir que no sea sensible, porque la sensibilidad no es exclusiva propiedad de la introversión. ¡Allá va!...

¡Yo, Maestrín, déjeme echarme mis versos!

¡Pues dale, Pedrito, veamos eso!

*... ¡Dice el señor Maestrín
que los mitos lo son todo!,
pues sensibilidad y vida
con eso nos dan a todos...
... pero, ¡ay!, también dicen otros,
¡qué el Maestrín ya está loco!...*

¡Pedro, no me faltes al respeto!, si no porque soy tu maestro, al menos porque soy un anciano... Y, ¡ustedes no se rían!, que siga hablando Pedrito.

Pedrito se calla un instante. Pensaba que lo iban a castigar y, así, “lucirse ante sus amigos”, ¡porque es de buen corazón pero muy rebelde!, pero no fue así, no lo castigaron. ¡Y aún, el Maestrín pide silencio para que siga hablando! Eso lo emociona, se pone serio, y empieza a recitar improvisando, pero ahora, ¡qué diferencia!...

*Generamos las ideas...
... generamos las ideas...*

¿Si, Pedrito?

Bueno... Sigo, este... este...

*... generamos las ideas,
que a veces llamamos mitos,
y otras veces leyendas,
que a fin de cuentas son,
siempre,
ilusiones e ideales,
como dice el Maestrín...*

¿Y?

... Ahí voy, Maestrín, continúo... este...

*... como dice el Maestrín,
¡qué importa cómo se llamen!,
son finalmente ilusiones,
que hay que luchar por cumplirlas,
y así ser uno feliz,
aun si la meta no llega...*

¡Pedro!

¿Sí, Maestrín?

¡Se te acaba de ocurrir todo entero, eso, ahora?, ¿verdad? No lo preparaste en casa...

Pos... sí, Maestrín, ahora mero. ¡Perdóneme Maestrín!

¿De qué te tengo que perdonar? ¡Ojalá siempre tengas esa “de repente” espontaneidad y sinceridad para decir esas cosas! Son las reflexiones de un anciano, mala vista ya y voz vacilante, que, no obstante todo, reconoce la creatividad hasta cuando no ha preparado la tarea. ¡Pedro, Luisita, Juanito!, niños... sí, niños que quizás por eso imaginan y crean, y...

En eso, en ese pensar del Maestrín, de lo que son y pueden ser los niños, suena un timbre. Timbre y luz desagradables. ¡Ring, ring, ring!, esos timbres de campana antigua capaces de despertar a una piedra. Y la luz roja sobre la puerta de entrada del salón de clase, que tiene un no sé qué de agresiva. Presencia “majestuosa”, entra una señora enjuta, alta, “la directora”...

¡Niños, tienen recreo!

Batahola, “bulla grande” diría el diccionario. Un reír y agitarse incontenible de los niños, atropellándose para ir al recreo sorpresivo. Pero no sin que algunos niños, como Juanito, Luisita y Pedro, echen una mirada preocupada hacia atrás... van a jugar, sí, pero, ¡quién sabe qué piensan viendo al Maestrín y a la directora!

Estimadísimo señor profesor...

Señora directora...

He interrumpido el final de su clase porque, ¡bueno, usted sabe!, el consejo escolar directivo me ha pedido le comunique a usted que el orden, medida y disciplina es lo que forma el carácter y, además, ¡tenemos una magnífica proposición para usted!, y...

¿Y?

Pues verá... ¿por dónde comenzaré?...

Por el comienzo...

... Tiene usted una forma muy particular de dar clase...

Yo no tengo "una forma muy particular de dar clase", trato de hacer pensar a los niños a partir de sí mismos, y de sentir...

... Digo, ¡señor profesor!, usted, ¡gran labor!, está poniendo las bases, en esos niños, de literatos, poetas, ¡qué sé yo!, ¡gran cosa!... pero este país necesita no sólo gente que sueñe, que elucubre, sino gente capaz de sacarlo adelante, concreta, que eche a andar a nuestra nación en crisis, y eso pasa por orden, medida, disciplina, y cumplir el programa oficial. Y usted...

¿Por qué no me llama Maestrín?

¡Si usted lo dice!, Maestrín... así le dicen los niños en ese permitir usted le falten al respeto, que es una falta de respeto a lo sustantivo del hacer escolar... el respeto a la dignidad magisterial...

Lo que quiere usted decirme es que en lugar de enseñar a pensar y a sentir, me limite a inyectar sólo en la cabeza de los niños los dogmas del programa oficial, y que sea autoritario...

¡No lo tome usted así!... Lo que deseo decir, ¡y aquí viene la magnífica proposición que quería comunicarle!, que usted no es adecuado para dar clase a niños. Con su gran cultura e inteligencia podría ser usted nuestro jefe bibliotecario, ¡mejor remunerado que ahora!, y sin esa fatigante tarea cotidiana de educar a niños...

No se fatigue usted, no acepto. Mi vida es "no fatigarme en la tarea cotidiana de enseñar niños", como usted dice, sino ser feliz comunicándome con ellos, porque, ¡si bien quizás no les embotello acriticamente todo el programa oficial!, les enseño a pensar y sentir... y, además, me bastan tres versos de Juanito, Luisita y Pedro...

¿Quiénes?, ¿qué ha dicho?

No se preocupe, no lo entendería... Además, renuncio...

¡No tome decisiones irreflexivas! ¡Considere usted que es un magnífico puesto el de jefe bibliotecario!

Sí, la recompensa "dorada", ¡"con mejor remuneración"!, ya no sólo a "un maestrín" que no acepta la intolerancia de ser autoritario, sino a un anciano, ¡la soledad de la biblioteca!, ¡la

soledad!... ¿Por qué no se les ocurrió a ustedes darme una medallita... y enviarme a un asilo? No señora, no acepto...

¡No diga usted esas cosas!, comprendo que...

No se canse más, ya me voy...

El Maestrín recoge sus bártulos, ¡poca cosa! Se pone la bufanda, hace frío, se ajusta sus anteojos, y se va. Adiós a “su escuela y sus niños” de siempre. Gritos, carreras y risas de niños, que se atenúan a lo lejos, a medida que el Maestrín se aleja, y va hacia su casa. Pero no va frustrado ni decepcionado, ¡descontento y molesto quizás!, pero no frustrado ni decepcionado. Piensa, piensa que, ¡después de todo!, ser maestro no sólo es “enseñar cosas”, sino enseñar a pensar, ¡y sobre todo a sentir!, a ser sensibles. Y, eso, el Maestrín, piensa que lo intentó siempre “con sus niños”... y eso es un recuerdo bello, para un maestro, y para un anciano. Porque en una etapa de la vida, ya al fin de ella, se vive de los recuerdos, y, si esos recuerdos son bellos, es una especie de decir que la vida fue bella y valió la pena. Y en ese valer la pena también estuvo, ¡aun renunciando!, no tanto defender “la dignidad propia” sino, sobre todo, la importancia de enseñar a pensar y a sentir, y a los niños. Y en este pensar del Maestrín, en todo esto, y en Juanito, y en Luisita, y Pedro, y otros, un anciano se da mental y sentimentalmente la mano con los niños. El que acaba la vida, con recuerdos bellos, que es una forma de volver a vivir y crear la vida, y los que apenas comienzan en ella, llenos de candor, imaginación y sensibilidad, que es otra forma de crear la vida.

¡Hasta pensando así, camino lento a casa, el Maestrín ha dado otra lección!... una lección a sí mismo, que le hace sentirse mejor.

II. SEGUNDA LECCIÓN

La decoración es una oficina de algún directivo escolar. La de “la directora” en la escuela que enseñaba el Maestrín. Una mesa grande con los enseres del caso y profesión; libros, pisapapeles y así, y un gran globo terráqueo. Sentada detrás de la mesa, “la directora”, enjuta, altiva, en fin, como siempre. Al fondo una gran biblioteca. Un gran ventanal a un lado, por donde se logran ver varias construcciones que son las típicas aulas de una escuela. Frente a la mesa de dos sillas, de menor alzada que la de

la directora, que así resalta en ese lugar. Sentado en una de esas dos sillas un anciano, con bufanda, y anteojos que le vacilan y que ha de ajustarse de vez en cuando. La directora habla, como embarazada, incómoda.

La directora: ¡Señor profesor!, ¡qué gusto me da verlo!

El Maestrín: ¿“Señor profesor”? ¡pero si yo creía que ya no era maestro de esta escuela!, ¿qué desea de mí?

La directora: [Incómoda pero con una sonrisa forzada, de falsa jovialidad. Agita las dos manos como queriéndole quitar importancia a algo.] Espero no habrá usted tomado muy en serio aquel pequeño incidente de hace un mes, cuando usted renunció a su cargo docente en esta escuela. Es cierto que cometimos una leve injusticia con usted, ¡pero usted, hombre!, se precipitó y se fue... y, además, como honor obliga, queremos...

El Maestrín: [Fijando la vista en la directora. Con aire de sorprendido.] ¡“Pequeño incidente”!, ¡“leve injusticia”! Pero, ¿qué es lo que desea?, ya sabe usted que no acepté ni acepto aquello de “jefe de la biblioteca”, para vivir exiliado y aislado entre libros, prefiero los de mi casa...

La directora: [Riéndose de manera visiblemente forzada.] ¡Qué ocurrencias tiene usted, usted tan ágil de espíritu como siempre!, no, hombre, no... Lo que quiero pedirle, en nombre del consejo escolar, es que vuelva a su clase, con sus alumnos, con nuestro beneplácito; lo esperan...

El Maestrín: [Ahora sí realmente sorprendido, se incorpora a medias de su asiento para oír mejor.] ¡De manera que quieren ustedes que vuelva a dar clase “el Maestrín”!, ¿qué milagro es ese?

La directora: Verá, verá usted. Nada de milagros, justicia, la que usted se merece. Sucede que... [Y empieza a decir esto como a quien le cuesta soltarlo, muy a su pesar.]

El Maestrín: Soy todo oídos...

La directora: ... ya sabe usted lo difícil que es nuestra tarea de formar nuevas generaciones...

El Maestrín: Sí, me hago cargo de su sacrificio...

La directora: [Haciendo oídos sordos a la puya.] ...y, en esta magna tarea nadie, ni nosotros, estamos exentos de equivocaciones. ¡Pero es de sabios rectificar!

El Maestrín: ¡Ya!, se equivocaron, pero rectifican sabiamente...

La directora: [Siguiendo sin hacer caso a la nueva puya.] ... y hemos rectificado con usted porque aun cuando usted es... ¿cómo diré?, un maestro un tanto heterodoxo, ¡por esa gran amplitud cultural que tiene, claro!... nos hemos dado cuenta de que motivaba a los niños, sentían deseos de estudiar, y atendiendo y reflexionando en la importancia de ese sentir infantil, ¡los hombres del mañana!, le pedimos vuelva a su clase de antaño, de siempre... pero, claro, hay una pequeña dificultad...

El Maestrín: ¡Ya decía yo!

La directora: ... ya sabe qué mal andan estos tiempos en lo económico y los presupuestos escolares... y, como usted hace un mes había renunciado, su antiguo sueldo lo canalizamos a renglones urgentes, a reforzar la biblioteca... ¡Claro, por supuesto, no es que no le vayamos a pagar ahora, señor profesor!, pero, en esta situación nueva, un esfuerzo que hacemos por los niños, sus alumnos, sólo podemos pagarle la mitad de antes. Compréndanos usted...

El Maestrín: [Extrañamente impasible, como quien contra viento y marea, ya ha tomado una decisión.] Dígame usted, señora directora, ¿me devuelven la clase, si entiendo bien, porque lo han pedido los niños?

La directora: ... Bueno, sí, y también porque, nosotros, por su calidad...

El Maestrín: [Con voz firme y alta, que nadie sospechara en el Maestrín.] ... ¡Entonces, acepto, vuelvo a mi clase, a mis niños, aun con mitad de paga!...

La directora mira, impotente, al Maestrín, con frustración. Como la de aquellos que tienden una trampa y no les resulta. ¡Le hubiera convenido que el Maestrín rechazara volver a dar clases por sueldo insuficiente!, y, así, se lo hubiera quitado de encima, y salvado también la cara con los niños. ¡Pero esperar eso era conocer mal al Maestrín!, como conocen siempre mal a otros los que sólo atienden a sí mismos e intereses. El Maestrín se levanta lentamente de su silla, saluda a la directora y sale del despacho. La escena termina...

Otra escena inmediata y siguiente a la anterior. La decoración es un pasillo que se antoja muy largo. Muchas puertas a un lado y

otro de él, aulas escolares o algo similar. Dos personas conversan, cerca de una puerta, la del despacho de la directora. Una de ellas es el Maestrín. La otra, una mujer de mediana edad, que lleva unos libros y cuadernos en una mano; se la ve contenta y feliz hablando con el Maestrín. Incluso agitada. Es una compañera maestra, ya de largo tiempo, del Maestrín.

La maestra: ¡Qué gusto me da volver a verte, aquí, Maestrín!

El Maestrín: Y a mí también, voy a volver a mi clase...

La maestra: ¡Claro que sí!... ¡No sabes tú lo que lucharon tus niños de la clase para lograrlo!... y la que organizaron, ¡sobre todo esos tres diablitos de Juanito, Luisita y Pedro!... [*Empieza a reírse a carcajadas al decir esto.*]

El Maestrín: [*Con aire sorprendido.*] ¿Qué pasó?, ¿qué hicieron?... pero si yo les enseñé a ser sensibles, y no violentos...

La maestra: ¡Ya!, ¡y no sabes tú cuán “sensibles” fueron!... Primero se organizaron, y no sólo los tuyos, todos los niños de la escuela... y fueron a protestar con la directora y con el consejo escolar, a pedir que “volviera a su clase su Maestrín”... ¡No creas, también muchos maestros hicimos lo propio!, pero, ¡nada!... ya sabes cómo son esas cosas, a todos nos contestaban: “la decisión es irrevocable, y no puede quebrantar el alboroto la autoridad académica”, ¡no se lograba nada!...

El Maestrín: [*Con creciente interés.*] ... ¿Y entonces?...

La maestra: Entonces, ¡ah, entonces!, ¡dichosa imaginación y sensibilidad infantil!... Verás... [*Poniéndose a cantar.*]

... ¡Tralala, lalarala,
lalarala, lalalá!
¡Soy el programa oficial
lalarala, lalalá!
¡Yo autoridad académica,
lalalá...!
¡Y yo soy el mito,
en forma de borriquito,
lalalá, lalalá!
¡Y yo creatividad,
que os dice la verdad,
contra la autoridad,
lalarala, lalalá...!

*¡Y yo soy la directora,
nuestra buena dictadora,
de lo que haya que pensar,
un rábano regular,
lalalá!...*

La maestra: [Terminando por reír como loca.] ¡Ja, ja, ja...!

El Maestrín: [Boca abierta, no da crédito a lo que ve, ni a lo que oye.] ¿Te has vuelto loca?...

La maestra: [Conteniendo a duras penas la risa.] ... No, ¡ya verás!, los niños empezaron a llegar a la escuela cotidianamente, todos juntos, ¡y no sé por qué, creo que la idea original fue de ese demonio de Pedrito, alumno tuyo!, cada uno disfrazado de una cosa. El que decía ser el programa oficial se las arregló para parecer más que un niño un libraco de tomo y lomo. Aquella que pretendía ser la autoridad académica disfrazada emperifollada de una forma extravagantemente elegante, ¡imagínate! Quien decía ser el mito de borrico, ¡parecía *Platero*!, y, de alguna manera, se las había arreglado para parecer algo irreal, utópico, y tierno. ¡Y así por el estilo, Maestrín!... y, durante media hora, frente a la escuela y aun sin entrar a ella, ¡ni manera de tomar así “medidas oficiales” contra ellos!, cantaban a voz en grito eso que te he intentado cantar. A mí me falta voz, ¡pero a ellos!...

El Maestrín: ¡No me digas!

La maestra: Y ya te imaginarás las consecuencias... Parecía aquello una estudiantina infantil que, puntualmente, ante las risas y alboroto de transeúntes y vecindario, daba serenata puntual a su escuela todas las mañanas temprano... después se quitaban los disfraces, los guardaban, y muy seriecitos, como si no hubieran roto un plato, entraban formaditos y aplicados a la escuela, ante los derrames de bilis, ¡figúrate!, de la directora que se veía impotente... Empezó, de inmediato, por estos lares a conocerse la escuela como “la de la estudiantina matutina”...

El Maestrín: [Entre asustado y divertido, pero muerto de curiosidad.] ¿Y?...

La maestra: ¿Y?... ¡Pues nada!, presiones de todas clases y colores sobre los niños... pero ellos decían que “si bien las mentes son de la escuela, la calle es de todos y que les gustaba cantar”, y que “desde que se fue el Maestrín, que nos hablaba y distinguía

de mitos, cantos, leyendas, realidad, lecciones y tareas, ya lo resolvemos todo... y así nos creemos lo que no somos, y cantamos lo que no debemos porque no sabemos bien si debemos o no debemos. Hasta que no vuelva a clase el Maestrín no creemos poder cambiar"... y como el bochorno, y sobre todo el ridículo, ajustician más expeditamente a la intransigencia y el dogmatismo que mil armas físicas y protestas airadas, ¡porque la intolerancia tiene como pedestal la prohibición de toda crítica!, pues ahí tienes a la directora y al consejo escolar echando para atrás y levantando velas... ¡Te mandaron llamar, Maestrín, otra vez a tu clase!... ¿Cómo vas a empezar tu clase con "tus niños"?...

El Maestrín: [*Profundamente conmovido, pensando lentamente en la pregunta.*] ¡Ah, qué diablillos!... ¿Qué cómo voy a empezar?... Verás... Manifestando el profundo agradecimiento de un anciano a unos niños, más que de un maestro a sus alumnos, lo que hicieron... pero, también, ¡también!, tratando de enseñarles que la verdadera sensibilidad pasa incluso por tolerar al intolerante, porque no deja de ser un ser humano, y tarde o temprano reaccionará...

La maestra: [*Ahora la conmovida es ella.*] ¡Ay, Maestrín, tú siempre el mismo!... No sé si con tus teorías se puede cambiar un mundo tan duro como el nuestro, ¡pero al menos impulsas la sensibilidad de los niños y, además, a nosotros los adultos nos haces ser mejores y optimistas...!

El Maestrín: Sí, porque el dogmatismo y la intolerancia no se combaten con otros dogmatismos y otras intolerancias... sino con mayor sensibilidad...

La maestra: Sí, Maestrín...

Termina la escena. Otra lección del Maestrín. Aun cuando esta vez por personas interpósitas, a cargo de los niños. La sensibilidad de un anciano se ha estrechado la mano con la de los que apenas comienzan a la vida... ¡Bello fin y comienzo de la vida!

III. LECCIÓN PÓSTUMA

Han pasado los años, muchos. En un soplo, ¡quién lo dijera!, ¡si parece que fue ayer lo de la "estudiantina matutina" de aquellos niños inquietos! Creemos ser niños eternamente y, casi de repente, somos adultos. Creemos ser jóvenes para siempre y, sin

darnos cuenta, estamos ya más allá de la mitad de la vida. Y, entonces, lo que tenemos que contabilizar es si nuestra vida fue y es feliz, y si nuestros recuerdos son bellos.

Ya no existe el Maestrín, murió años atrás, pero para que esto fuera algún día así para “sus niños”, en esta arcilla quiso verter, ¡así entendió el ser maestro!, ideales, creatividad, sensibilidades, y esa ternura y tolerancia que llevaba dentro. Él ya no está, y “sus niños” son adultos. Aprendieron con los años muchas cosas, cultura, profesiones, mil experiencias, pero “lo fundamental” se los había dado antaño su Maestrín. Una conciencia, creadora, bondadosa y sensible. ¡Eso que no se ve en el “yo soy y tengo”!, se tenga o no todo eso. Eso que mejora las relaciones humanas y, vía ellas, la calidad propia.

Y cuando un “Maestrín” logra inculcar eso en nuevas generaciones que se realizan noblemente en la vida, se transforma en mito y en leyenda, vive, de un manera sensible y de una forma “no material”, a su manera... y viene a cuento todo esto con motivo de aquel extraño acontecimiento, ¡el “día de la conferencia, la medalla y la elegía”! Verán...

... Como he venido diciendo, con los años crecieron y maduraron “los niños del Maestrín”. ¡Ya saben!, unos hacia una cosa y otros otra; profesiones, artesanías, alguno escritor... casi todos ellos se casaron y son felices con el ser querido e hijos que vinieron, ¡qué sé yo!, vivieron, viven felices en esa forma de ser felices que, como antaño dijera el Maestrín, no es un quererse a sí mismo aplanando a otros.

El tiempo y la distancia, ¡muchos se habían dispersado por el mundo!, no había aflojado los lazos de la amistad y camaradería mutua, forjadas en aquellos lejanos días de “su Maestrín” y de la “estudiantina matutina”. Por razones del azar y del destino, sin embargo, estos lazos afectivos surgidos entre la infancia y la pubertad eran más estrechos entre “Juanito, Luisita y Pedro, Pedrito”.

Juan llegó a ser íntimo amigo del alma de Pedro, en una amistad que reposaba en la mutua sinceridad, comprensión y tolerancia, ¡amistad, pues, con mayúscula! Parecían Cástor y Pólux, de las leyendas griegas. Y Luisa, ¡qué bella y valiosa mujer había llegado a ser aquella niña espigada y tímida de antaño!, se había

casado con Pedro, uniéndolos un amor que no es un quererse a sí mismo en el reflejo del ser querido, sino un común comulgar en ilusiones e ideales que respetaba la individualidad propia en la entrega mutua. ¿Cómo diré?, Juan, Luisa y Pedro, seres diferentes pero unidos mutuamente en esa sensibilidad que con el Maestrín adquirieran en sus primeros pasos en la vida, como los dedos de una mano, que si bien jamás dos son iguales ni aun en la misma mano, sin embargo, sólo unidos forman esa mano.

Pedro había llegado a ser, profesionalmente, antropólogo y sociólogo, con marcada inclinación a la escritura, a ser escritor, lo que no le impedía ser atraído en algo por las ciencias de la naturaleza. ¡Un hombre muy disperso!, con esa sensibilidad multifacética y dispersa originada en aquella escuela de su infancia. Porque los años pueden dar madurez y conocimientos, pero la personalidad propia se forja en la pubertad y en la infancia, en la infancia ante todo. Y esas sensibilidades e inquietudes de Pedro, impulsadas íntimamente por aquellas sabrosas pláticas de antaño de “las clases de su Maestrín”, lo llevaron intelectualmente a profundizar en el estudio de los mitos, leyendas, de la sensibilidad y el origen del pensamiento humano, ¡era su pasión!

Y como las cosas, cuando las hacemos no sólo porque las vemos hacer o nos dicen cómo hacerlas, sino porque las sentimos profundamente, se hacen mucho mejor, tuvo “grandes éxitos intelectuales”... lo cual, ¡siempre las lecciones de su Maestrín!, no le interesaba tanto por aquello de “tuve éxito social” o “al fin llegué a ser y me lo reconocen”, sino porque se sentía íntimamente realizado como ser humano en la fidelidad a lo que había sentido y pensado siempre.

¡En fin!, el caso es que a Pedro “el mundo” le reconocía sus méritos y, un buen día, la sesuda “academia” quiso concederle “premio y medalla”.

Y había que recibir tales honores dictando una conferencia de agradecimiento, ¡ya saben ustedes cómo son esas cosas!, recordando a algún ilustre cuyo solio se ocupaba al ingresar en esos templos del prestigio intelectual. Para lo cual Pedro, y Juan y Luisa, ¡que en esto como en tantas cosas discutían todos qué hacer como en los tiempos de la “estudiantina matutina”, como tres buenos mosqueteros!, adoptaron una línea de conducta, lo

que habría de hacer Pedro... y es cuando acaeció aquel hecho extraordinario del "día de la conferencia, la medalla y la elegía". Pedro puso como condición que aquella conferencia de aceptación de tantos honores intelectuales... ¡la dictaría en un viejo cementerio!...

Sí, en un cementerio. Frente a la tumba de alguien, ¡ya diría quién una vez allí! Gran batahola en la academia, desconcierto, incluso indignación, "¡cómo que en un cementerio!"... pero como finalmente "don Pedro prestigiaba a la academia entrando en ella, más que ella a él", se allanaron a todo. "¡Cosas de don Pedro!, ¡es que los genios son excéntricos!, ¡si además todo esto es muy original!"... en fin, un capitalizar en beneficio propio lo que se estimaba "locuras excepcionales de uno que sí vale, como nosotros", porque así nos suele engañar nuestro propio egoísmo cuando, a su luz, queremos juzgar los actos y sensibilidad de los demás. Estaba pues, en marcha "la nueva estudiantina matutina" imaginada por un Juanito, Luisita y Pedrito, ahora maduros y adultos...

Llegó el día. La comitiva encabezada por Pedro, y junto con él, Luisa y Juan, un grupo regularmente nutrido de gente elegante y de circunstancias, se encamina al cementerio. Un cementerio olvidado, de una esquina de la ciudad, como quiso Pedro. Largo caminar entre tumbas y cipreses, y flores de homenaje fúnebre, algunas ya secas, a un lado y otro del camino.

Por fin, a un costado, una tumba, de las más modestas del lugar, en cuya lápida, casi borrado, no se distingue el nombre. ¡Aquí deberá ser el acto! Algo incómodo y embarazado, un alto dignatario académico se estira y, erguido y con voz altisonante, espeta un discurso de circunstancias. "Henos aquí, compañero don Pedro...". Y, al finalizar, entrega a nuestro Pedrito un pergamino y medalla. Es el turno de nuestro Pedro, ¡en lo que quedamos! Habla Pedro, y empieza sobre mitos, leyendas y sentido de la vida, sobre su trabajo profesional...

"...Los mitos y leyendas representan estados de ánimo, de conciencia, una forma de sentir internamente, creativa a su manera, de percepción del mundo. Es una forma de ser, sensiblemente, uno mismo sin eso que hoy llamamos racionalizar las cosas. Y, en tanto eso, de una manera sincera de representación

de nuestra mente, y así de nuestra conciencia, es mediación emotiva entre el ser humano y la naturaleza. Entre ella y la conciencia de los seres humanos.

“¿Producto ‘no racional’ de pueblos primitivos? ¿Que lo que importa no son los mitos sino las condiciones sociales en que una civilización los generó? ¡Quizás!... sólo quizás, porque, ¡valga de ejemplo!, cuando nació la civilización, en los dos milenios que precedieron al año 3000 de nuestra era, esos ‘primitivos’ hicieron insignes descubrimientos, el riego artificial, el arado, el bote de vela, ¡qué sé yo!, y los dos mil años que siguieron después, ya comenzadas las egoístas sociedades de la civilización clasista, sólo casi podemos consignar cuatro contribuciones a la humanidad: una notación decimal babilónica, un método de fundir hierro, y una escritura alfabética y acueductos...

“Pareciera pues, que esos ‘primitivos’, por vivir en una civilización con menos cosas, quizás, pero más armoniosa –¡no había esclavismo!– lograron conjuntar su interpretación de la realidad vía mitos y leyendas con el descubrimiento de aquello que, ‘en lo material’, benefició a la humanidad, porque lo que vino después ‘fueron polvos de aquellos lodos’. ¡Un unir, yo lo llamaría, ‘lo que se sueña con lo real en *stricto sensu*’, porque hay sensibilidad! Y llamar a pueblos así, a nuestra manera pragmática contemporánea, ‘de pensamiento apenas racional’, me parece una falta de respeto grave.

“Por otra parte, ¡qué cómodo es etiquetar, sea en el ayer remoto o en el hoy actual, a otros pueblos y civilizaciones de ‘primitivas’ simplemente porque son diferentes a lo nuestro y, así, defender nuestros intereses, aquí ya no ‘irrealmente míticos’ sino muy reales y concretos! Y, además, en eso de que ‘lo único que importa no son los mitos en sí, ¡cosas irracionales!, sino las gentes y las sociedades que los generaron’, ¡bravo y pragmático razonamiento!, hay un irrespetuoso olvidar de que, los mitos y las leyendas, como las ilusiones y los ideales, como todo lo que se piensa, trasciende a sus creadores.

“¿Cómo diré?, ¡Cervantes ya ni polvo es, pero ‘el mito’ de don Quijote ni muere ni morirá jamás!... sólo la estrechez intelectual y el dogmatismo pueden creer que no es así, ¡aun si se hacen mil actos sociales en homenaje a Cervantes, ese sí muerto!

¡Incluso!, ¿no decimos hoy, en nuestro siglo de luces, que todo lo que se imagina y piensa lo piensa e imagina el cerebro humano, y que éste no es sólo 'lo biológico', sino su indisoluble conjunción e interacción con lo psíquico, con una civilización y hasta con la naturaleza?...

"Entonces, ¿por qué no habían de ser reales los mitos y leyendas, formas imaginadas de ilusiones e ideales, al mismo título que 'una piedra sólida y concreta'? La civilización avanzada, pero estrecha y dogmática de hoy..."

Malestar entre el público. Sobre todo entre emperifollados y erguidos académicos. Les va sonando aquello a crítica corrosiva a *su* civilización, a tomadura de pelo de "estudiantina matutina", hoy de intelectual adulto en ambiente fúnebre. Se sienten a disgusto. "¡Pues no dirá ahora, don Pedro, que no sabemos pensar y que los mitos existen!" Sin embargo, quizás por el ambiente un tanto irreal de cementerio que no les es cotidiano, por las horas que marcaban un anochecer entre flores fúnebres y tumbas, ¿no sé por qué!, en la concurrencia allí presente, *nos* empezaba a pesar un aire, un ambiente extraño, en el que todo lo que no nos es cotidiano, y así "lógico y normal", puede suceder... pero, ¿en fin!, ahí estaba Pedro, y seguía hablando...

"... Yo, señores, en este acto, debo agradecer los honores que se me confieren honrando a un muerto ilustre, ¿es la regla de la academia!... pero, ¡siento desilusionarlos!, no voy a hacer el panegírico de algún santón ilustre y académico recién fallecido cuyo solio se supone voy a ocupar desde hoy, ¿eh, no!..."

"Voy a honrar a un mito, a una leyenda, para mí muy real y arraigada dentro, y como en mí en otros aquí presentes y otros no; a un anciano ya fallecido, a un simple maestro de escuela, a un maestrín..."

Y, haciendo coincidir la palabra con el gesto, Pedro indica la simple tumba que tiene delante. La tumba del Maestrín. Todos, sorprendidos, fijan de inmediato la vista allí, en una atmósfera que, ¿quién pudiera describirlo?, por momentos se hace más extraña, con un no sé qué de sobrenatural.

El gesto de Pedro se continúa en un arrodillarse ante esa tumba, y ahí depositar "pergamino y medallita" que, a él, le confiriera la academia. Estupor en el público, en un ya comienzo

de conciencia conmovida en todos. Pedro se levanta, y sigue hablando...

"...Como yo sí creo en los mitos y leyendas, y para mí el mito legendario más maravilloso es ese anciano que ya materialmente no existe, ese Maestrín cuyos ideales son eternos, ¡como los buenos mitos!, que formó en mí mi sensibilidad y personalidad desde niño, ¡un ser humano que en vida nadie le dio ni medallas ni pergaminos, lo que además no le importaba!, a los pies de lo poco que de él queda materialmente, apenas una tumba, pongo los honores que a mí se me han donado..."

"Porque, en realidad, lo que soy yo hoy, como otros, es obra de él... ¡Gracias, Maestrín!..."

Elogio. Elegía maravillosa a un anciano, por la belleza de su recuerdo, y a un Maestrín, por aquella extraordinaria entrega, "sin pergaminos ni medallas", en la tarea de formar seres humanos cabales. Decir que ahí tirios y troyanos terminaron por emocionarse profundamente por aquel gesto, es poco.

Y, a mí, ¡por supuesto!, abrazado en ese momento a Pedro y Luisa, se me soltaban, a mi pesar, las lágrimas.

La noche ha caído, el cementerio, ¡sin luces!, parece brillar de forma anómala, ¡yo creo que era *nuestro* estado de ánimo!, ¿habrá sido sólo eso?, ¡quién lo sabe! El público se dispersa lentamente, con mil sentires y reflexiones, no creo que vuelvan a ser los mismos después de aquello.

Nos quedamos aún Pedro, Luisa... y yo. Porque, ¡sí, lector, ya lo habrás finalmente imaginado!, yo soy "Juanito", Juan, el autor de este cuento, de este relato. Una narración de la realidad, en también homenaje a mi Maestrín.

Los tres ahí aun presentes volvemos a musitar un "¡gracias Maestrín!" Y, ¿fue nuestra imaginación?, ¡qué no sería posible en aquel ambiente!, oímos los tres una voz débil y lejana, pero clara, como la de un anciano que se ajusta unos anteojos vacilantes y nos mira hablando pausadamente: "...Gracias a vosotros, Juanito, Luisita y Pedro, y a los que hoy no estuvieron presentes, ¡muchas gracias mis niños!... pero, ¡recuerden!, nunca sean intolerantes, ¡ni aun para defender mi memoria!, y sean felices..."

¿Qué decir de aquello? ¡Aquel día vivimos la lección póstuma del Maestrín! ¿Un espejismo anímico y un mito "irreal" que ima-

ginó nuestra conciencia? ¡Quizás!... pero, ¿qué son, después de todo, más que “espejismos”, los ideales e ilusiones que, en nuestro hacer cotidiano, tratamos de hacer realidad?... ¿No es la vida una ilusión?, ¡al menos merecería serlo!